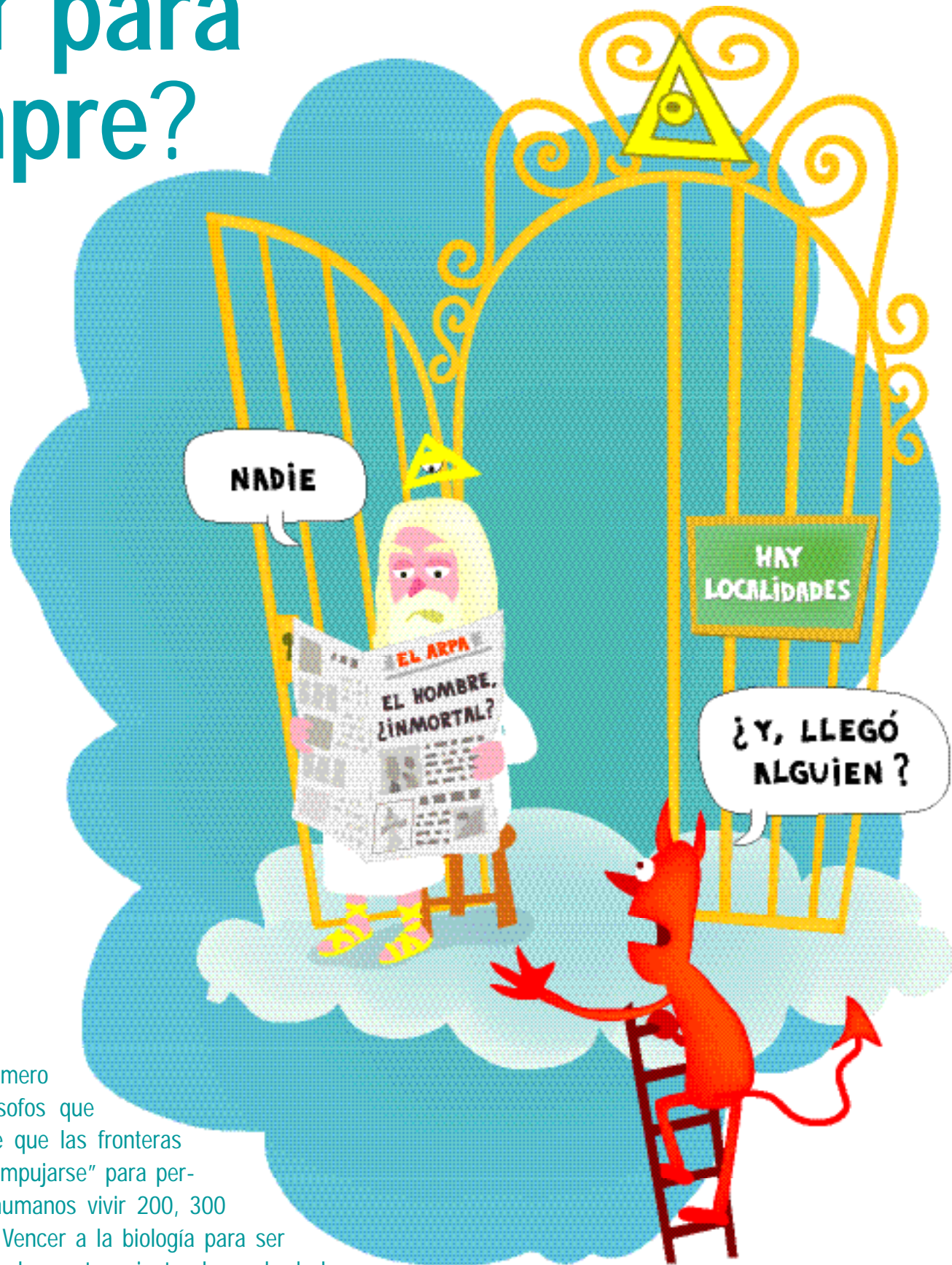


# ¿Vivir para siempre?

Texto: Pablo Marini\*  
Ilustración: Gastón Lentini



Hay un creciente número de científicos y filósofos que verdaderamente cree que las fronteras biológicas pueden “empujarse” para permitirle a los seres humanos vivir 200, 300 años o incluso más. Vencer a la biología para ser inmortal fue siempre algo perteneciente al mundo de los sueños... Pero, en el caso de que se lograra, ¿sería deseable vivir más allá de lo que ya vivimos?

Un informe de hace unas semanas de la BBC de Londres señala que un cirujano plástico en el Reino Unido planea vender una droga contra la vejez. Jeka Prakash, que se considera a sí mismo dentro de un selecto grupo de médicos "transhumanistas", argumenta que ya es hora de que los humanos se liberen de las "cadenas biológicas".

Entretanto, un nuevo libro, *Evolución de diseño: el manifiesto transhumanista*, de Simon Young, pretende explicar cómo la ciencia, puesta en práctica apropiadamente puede ayudar a "eliminar las enfermedades, vencer a la muerte y mejorar al cuerpo y a la mente más allá de las limitaciones de la condición humana".

Ha habido un acalorado debate entre científicos emocionados ante las posibilidades de extender la vida y aquellos que piensan que la discusión necesita una dosis de perspectiva.

## La intuición de la mitología

Es curioso cómo la humanidad, a través de relatos mitológicos, sagas y cuentos, siempre se ha inclinado a considerar la inmortalidad física (es decir, el no morir en esta dimensión de espacio y tiempo) como un castigo o como un don que se transforma en sufrimiento. No es difícil encontrar ejemplos: Gilgamesh, Sísifo, castigado por los dioses, el judío errante Ashverus o Cartaphylus, los decrepitos inmortales que ve Gulliver en sus viajes, la vida subhumana de los vampiros, obligados a ser criaturas nocturnas y alimentarse de sangre humana para sobrevivir, incluidas las cinematográficas versiones del conde Drácula y también las de Highlander, de Russell Mulcahy, y hasta videojuegos como *Vagrant Story*.

Borges conocía esa maldición y quizás, por eso mismo nos dejó su "Tengo miedo de no morir".

## La perspectiva del cristianismo

Desde esta perspectiva podemos plantear dos reflexiones. La primera, simplemente una mención (es un tema que da para mucho más): **el dolor ha sido siempre, como vivencia del mal en la existencia terrena, el más potente instrumento de conversión.** Esto es, la salvación misma se expresa, para el cristianismo, en una asunción del dolor. Y esto está recogido en su idea y símbolo central: la redención por la Cruz. El logro tecnológico de una sociedad indolente donde se suprimiera todo dolor, eliminaría la base psicológico-moral de toda conversión. Erradicar el dolor –en el supuesto de que ello fuera posible– valdría tanto como hacer inútil la Pasión de Cristo. Y –lo que se sigue de

ello– hacer inútil la pasión del cristiano, imitador de Cristo; pasión en la que consiste la salvación para él.

Con lo que se ha dicho no se está negando el deber cristiano de "aliviar el dolor". Pertenecer a la reacción natural del hombre ante el dolor, la intención de mitigarlo, en sí mismo o en el prójimo: nadie que asista a una experiencia de dolor ajeno está dispensado de aliviarla; ni nadie que la experimente en sí mismo tiene prohibido el paliarla. Pero, el cristiano está obligado a reconocer que hay un punto más allá del cual no debe ir, en su propósito de "mejorar al mundo". Este punto es el del reconocimiento de una última "necesidad" de los males del mundo: el reconocimiento de que el mal, no siendo natural al hombre, se le ha hecho connatural como efecto del Pecado del hombre (Mihura Seeber).

La segunda reflexión es la siguiente y la plantea de manera brillante el filósofo francés Gustave Thibon (1903-2001) en una obra de teatro llamada "Y seréis como dioses": **¿es Dios para nosotros una promesa auténtica y real de vida eterna o bien una ilusión imaginaria contra los males de la vida y contra la muerte que le pone fin?**

Si la ciencia suprimiera la muerte, ¿qué harían los "creyentes"? ¿Aprovechar un descubrimiento que los privaría para siempre de la visión de Dios, o bien precipitarse en lo desconocido para reunirse con Él?

Si optan por la primera opción, esos "creyentes" confiesan que su anhelo más profundo está en el tiempo y que su "fe en Dios" no es más que una droga para soportar el viaje hacia el paraíso terrenal. Y ese dios se parece mucho al "opio del pueblo" de Marx. Pero si, colmados con todos los bienes terrenos, aún así dicen con San Pablo: "deseo partir y estar con Cristo" (Fil 1, 23), si desean ver a Dios desde el fondo de su ser, frente a frente, entonces estarían demostrando ser verdaderos discípulos de Aquél cuyo reino no es de este mundo.

Parece que lo que empuja a tantos hombres hacia Dios no es la libertad del amor, sino la servidumbre de la muerte; es la brevedad y no la imperfección de la vida terrestre. Muchos rechazan la idea de Dios como un fantasma que envenena la vida y, cuando esa vida se les escapa, se tragan ese veneno como un remedio. ¿Es el miedo a la muerte el que nos hace gritar hacia Dios o es el llamado de Dios el que nos hace aceptar y desear la muerte? ¿Y si tuviésemos la capacidad de elegir entre la inmortalidad que pretende ofrecer la tecnología y la eternidad, de qué lado se inclinarían nuestros votos? 🗳️

---

\*Lic. en Filosofía. Profesor de Teología, Filosofía y Moral en la Universidad del Salvador y docente del Doctorado de Historia y Letras de la USAL.